

El mensaje del guardián
Cristina del Toro Tomás

Aún no había salido el Sol, pero Amanda ya estaba en pie. Caminó decaída entre todas las prendas de vestir que había tiradas por el suelo, procurando no clavarse en la planta del pie uno de sus pinceles, y apartando de mala gana las botellas vacías que había dispersas por la habitación. Vodka, tequila, ginebra, cerveza...su pequeño apartamento no tenía nada que envidiar a la mejor de las licorerías.

Una vez llegó hasta el baño se desnudó, plantándose ante el espejo. Éste le devolvió la imagen de una joven delgada, ojerosa, de pelo azabache y piel cetrina.

-Inútil- le dijo a su reflejo.

Había pasado una noche terrible. Dando vueltas en la cama, sin lograr conciliar el sueño, rumiando todo aquello que hacía de su vida un infierno. Ni la lectura, ni las infusiones, ni el whisky habían servido. El insomnio era ya un viejo compañero de cama, y ella sabía bien que ni siquiera las pastillas que en su momento le recetó el cretino de su psiquiatra la permitirían dormir.

Se duchó con lentitud, notando cómo el agua que corría por su piel se llevaba el olor a tabaco y sudor. Por unos instantes, deseó que el jabón fuera capaz de limpiar también todo lo malo que había dentro de ella.

Amanda era una de esas chicas que habían vivido demasiado rápido. A sus veintiún años ya había probado todo lo que ella creía que la vida podía ofrecerle. Durante su adolescencia se había visto arrastrada por una espiral de excesos y autodestrucción, y se encontraba en un punto de abandono absoluto. Las personas de su entorno la describían como una joven que siempre estaba triste, o enfadada, pero aquellas observaciones estaban lejos de la realidad, pues Amanda no era capaz de sentir nada.

Estaba vacía por dentro.

Realizaba las tareas del día como un autómata, muchas veces sin prestar ni un mínimo de atención a lo que tenía entre manos. Vivía encerrada en su oscura realidad, evitando todo lo posible el contacto con el mundo exterior. Se limitaba a existir, sin percatarse de que la vida se le estaba escapando a suspiros.

Aquella mañana de Abril no parecía que las cosas fueran a tornarse diferentes. Cogió el metro sin fijarse en los carteles publicitarios de su alrededor, haciendo caso omiso a los músicos que tocaban en las estaciones, y sin fijarse en los mendigos que pedían por los vagones.

Sus cascos de música eran un aislante perfecto. Solía escuchar canciones metaleras porque tiempo atrás era la única música capaz de expresar sus sentimientos, su ira, su desesperación; en aquel momento de su vida, lo hacía por pura rutina.

Al llegar a su destino y tener ante sí la facultad de bellas artes, lanzó un quejido. En su momento, aquél edificio viejo se había presentado ante ella como una salida a la frustración, pues cuando dos años atrás se matriculó en la carrera, lo había hecho convencida de que en adelante todo mejoraría. Ahora lo miraba y en él veía la tumba donde habían sido enterrados todos sus sueños, sus aspiraciones. La carrera no estaba siendo lo que ella esperaba, sentía que debía capar su creatividad para encajar en unos cánones determinados. Ella esperaba encontrar allí un ambiente bohemio, distendido, intelectual, el útero donde se gestaban las ideas más brillantes. Sin embargo, la cruel realidad era que si quería aprobar el curso, debía amoldarse a los criterios impuestos por sus profesores.

Podría haber abandonado la carrera, pero aquél lugar era la excusa perfecta para mantenerse alejada de su ciudad natal, de su repulsiva familia. Si abandonase los estudios tendría que regresar con esas personas que se le antojaban unos extraños, y si algo odiaba Amanda

—aparte de la facultad, y de sí misma— era el lugar de donde venía. Así que decidió resignarse y continuar con aquella farsa.

Regresó a casa seis horas más tarde. Al cruzar el portal y pasar por delante de los buzones se fijó en que el cartero se había pasado por allí. Las facturas solían llegar a casa de sus padres, pues eran quienes se encargaban de pagar el piso mientras ella estudiaba, así que imaginó que o bien sería

propaganda, o bien alguna carta de la universidad. Así que cuando se vio con aquello en sus manos, no supo qué pensar. Se trataba de un extraño sobre, algo amarillento, sin sello, sin remitente, sin ninguna dirección que indicara dónde debía ser entregado.

Únicamente aparecía el nombre de la chica.

Desconcertada lo abrió, y de su interior sacó una hoja de papel muy parecida al sobre que la contenía. Había una sola frase, escrita con tinta negra.

“Tú eres importante”

Dio varias veces la vuelta al papel, volcó el sobre, lo miró a trasluz...pero nada. No había ningún otro mensaje, ninguna firma. Nada que indicara quién había enviado aquello.

Lanzó una risa carente de emoción, y se dijo a sí misma que aquello debía de ser una broma de algún vecino idiota. Subió a casa, lanzó despreocupadamente su mochila contra el sofá, y guardó la carta en un cajón. Podía haberla destruido, pero por algún insólito motivo no se atrevió.

Durante el resto de la tarde estuvo dando vueltas a aquella frase. Se sentó frente a su caballete intentando pintar algo, pero no lograba concentrarse. Se preparó un cubata, caminó de un lado para otro mientras iba vaciando su paquete de tabaco. Eran solo tres palabras, tres estúpidas palabras que no se le iban de la cabeza.

-Menuda gilipollez-dijo en voz alta-No vas a obsesionarte porque algún cretino haya puesto un estúpido mensaje en tu buzón.

Sin embargo, cuando aquella noche se fue a la cama, un tímido sentimiento había brotado en su interior. No sabía si era recelo, desazón o esperanza. La cuestión era que aquella carta había logrado remover algo dentro de ella.

Al día siguiente se levantó sin recordar el incidente de la tarde anterior. Como cada día se desnudó frente al espejo del baño y se observó atentamente. Comenzó a tocar y pellizcar su cuerpo, juzgándolo con dureza: esto está demasiado blando, esto es demasiado pequeño, esto es muy grande... así hasta que hubo despreciado todas y cada una de las partes que componían su físico. Después se pintó los labios con el color más oscuro que pudo encontrar, se visitó –también con ropa oscura, por supuesto. Siempre a juego con su estado anímico– y salió de casa.

De nuevo al pasar por delante de su buzón lo vio lleno. Despreocupadamente introdujo la diminuta llave en la cerradura, y para su eterno disgusto había otro sobre como el del día anterior. Repentinamente recordó todo. Dudó unos instantes si abrirlo o no, pero la curiosidad la venció.

“Tú eres una mujer hermosa”

Lanzó un grito de consternación. Aquello no tenía ninguna gracia. Lo primero que la vino a la cabeza es que alguien la había estado observando mientras estaba en el baño, pero ¿cómo? Era la única estancia del piso que no tenía ventanas. Dio media vuelta y corrió hasta su piso.

Se deshizo de su mochila, lanzó la carta de cualquier modo contra la mesa y comenzó a buscar histérica una cámara, o un micrófono, algo mediante lo que algún psicópata pudiera estar vigilándola. Después de tres horas revolviendo cajones, lanzando cosas de aquí para allá, en definitiva, de desorganizar su casa aún más de lo que ya estaba, se dio por vencida. Estaba claro que allí no había ningún objeto que ella no hubiera metido. Con el corazón a punto de estallar se dejó caer contra el suelo. ¿Qué debía hacer? ¿Acudir a la policía? Descartó aquella idea. No quería que la persona que había enviado aquellas cartas pensara que la habían afectado de alguna manera. Si se mostraba indiferente quizás no volviera a encontrar ningún otro mensaje siniestro en su buzón.

Sin embargo, su estrategia no funcionó. Cada mañana al salir o al regresar a casa encontraba una nueva carta en su buzón. Nunca llevaban sello, firma, ni ningún dato más que su nombre. Cada mensaje era diferente.

“Eres divertida” “Tienes derecho a equivocarte” “Despierta de una vez” “No te dejes vencer” “Eres amada”

Cada día, el mensaje estaba relacionado con algún suceso vivido o pensamiento que había tenido. Por ejemplo, la mañana en que llevada por un ataque de ira había destrozado todos los cuadros que ella misma pintó, y se había repetido frente al espejo mil veces que era una criatura mediocre, el sobre había mostrado el siguiente mensaje: “Eres una auténtica artista”.

Amanda estaba segura de que alguien la observaba. Intentó descubrir el misterio de aquellos sobres, prestando más atención a su entorno, asegurándose de que nadie la seguía por la calle, había inventado mil formas de descubrir el origen de aquellas cartas.

Todas en vano.

También había intentado ignorarlos, pero tampoco funcionó. Aquellos mensajes anónimos estaban haciendo mella en su alma. Algo había empezado a rebelarse en su interior y cada vez que se dedicaba palabras hirientes ante el espejo, su cabeza le repetía las frases que poco a poco había ido encontrando en su buzón.

Comenzó a librar una batalla interna. Por un lado no quería cambiar su vida, se sentía cómoda limitándose a existir; por otro se decía que aquellas cartas tenían razón, que tenía que despertar, que por primera vez en su vida alguien se estaba preocupando por ella. Y eso la consolaba indescriptiblemente.

Un mes y medio después de que aquellos mensajes comenzaran a llenar su buzón y su cabeza, regresaba a casa abatida. Había pasado de no sentir nada, a experimentar toda clase de emociones al mismo tiempo. Iba de un extremo al otro. Sentía que su vida comenzaba a derrumbarse, y no se creía capaz de renacer de sus propias cenizas.

-No sabes enfrentar tus problemas. Eres débil.

Durante todo el día se había estado repitiendo la misma cantinela. "Débil...débil...débil".

Al llegar al portal se volvió a topar con una carta anónima. Llevaba una semana sin recibir nada, y ya comenzaba a albergar la esperanza de que aquello hubiera terminado. Pero no.

Chasqueó la lengua molesta, agarró bruscamente el sobre y subió a casa. No se dio ninguna prisa al abrirlo, pensando que ya nada podía sorprenderla.

"Has sido fuerte durante demasiado tiempo"

El mundo se la vino encima. Por unos instantes se quedó petrificada, sin saber qué pensar, qué decir. Y de repente, comenzó a llorar desconsoladamente.

Llevaba años sin derramar ni una sola lágrima. Había guardado la tristeza, las decepciones, la ira, el dolor bajo siete llaves, en lo más profundo de su alma. Y éstos se habían transformado en el veneno que la había estado destruyendo desde dentro.

Dejó que saliera todo, no se contuvo. Permitió que las lágrimas se transformaran en el antídoto que purgara su cuerpo de todas esas emociones negativas. No castró su rabia, gritó y lloró durante horas, hasta quedarse dormida de puro agotamiento.

Aquella noche tuvo un sueño extraño.

Se encontraba en algún lugar cubierto de niebla. No era capaz de distinguir nada salvo una diminuta figura. Se acercó y pudo comprobar que era una niña pequeña. Cuando ésta se giró, se dio cuenta de que se estaba viendo a sí misma con ocho años. Al verse, tan dulce, tan inocente, con esa mirada que mostraba una mezcla de ilusión y miedo se preguntó cómo podía haber sido tan estúpida. Cada vez que se humillaba, que se menospreciaba, había estado insultando y despreciando a la niña que una vez fue.

Se arrodilló ante ella, y la abrazó. La susurró todas las palabras dulces que se la ocurrieron, los mensajes que habían dejado en su buzón. La consoló, la dio los besos que nunca había recibido y sanó todas sus heridas. Tras varias horas, o quizás minutos, pues el tiempo en los sueños no es como el del mundo material, se separó de su niña interior, y la dedicó una última sonrisa.

-Te quiero-susurró.

Poco a poco fue despertando.

Amanda recuerda ahora cómo cambió su vida una mañana de Abril en la que alguien dejó una nota anónima en su buzón.

Quiere pensar que fue un ángel de la guarda, un guía o como quiera que se llamen. Después de tener aquel misterioso sueño, despertó sintiendo mil emociones nuevas. No todas eran alegres, o positivas, pero al menos ya sabía qué tenía que hacer.

No fue fácil, pero dejó que su torre se viniera abajo. Necesitaba empezar de cero, y lo hizo. Colgó todos aquellos mensajes anónimos en su apartamento. Unos frente al espejo, en la nevera, junto a su cómoda... y todas las mañanas escogía uno al azar, y lo se repetía constantemente. Lo mejor de todo era que lo hacía convencida, creyéndose lo que estaba diciendo.

No volvió a recibir ninguna carta anónima. Pero no las necesitaba, ya no.

De una vez por todas se había atrevido a tomar las riendas de su vida. Pasó momentos muy duros, muy amargos, pero el dolor la recordaba que estaba viva, que tenía algo por lo que luchar.

Conocía a una niña a la que nunca, bajo ningún concepto, podía volver a fallar.